

FUNDAMENTACION DOCTRINAL SOBRE EL TRABAJO CON REFUGIADOS Y DESPLAZADOS

Mons. Arturo Rivera Damas
Arzobispo de San Salvador

RESUMEN

En el encuentro sobre refugiados y desplazados realizado en el Valle de Angeles (Honduras) del 18 al 22 de febrero, Mons. Arturo Rivera presentó la siguiente ponencia. Inspirado en Mt.25, en Mc. 6, 34, en Hch. 4, 32-37 y en 2Re. 24, 8-19 y apoyado en el magisterio de la Iglesia universal y latinoamericana, Mons. Rivera ilumina doctrinalmente el trabajo con los refugiados y los desplazados. Una labor urgente que Dios está pidiendo.

La ponencia está dividida en tres partes: las razones cristianas que obligan al servicio a los refugiados y desplazados, la doctrina de la Iglesia sobre esta situación humana tan vieja como el Antiguo Testamento y la tarea prioritaria que debe ser emprendida por la Iglesia y los cristianos.

Al releer el capítulo 25 del evangelio de San Mateo a la luz de los problemas de los refugiados y desplazados, me ha llamado poderosamente la atención cómo la situación del que San Mateo llama "forastero" resume todas las situaciones de penuria y sufrimiento: hambre, sed, desnudez, sentirse abandonado y casi diría yo, también encarcelado en el lugar de su refugio.

Los evangelistas, sin ser historiadores nos dan trazos de una sociedad en tiempos de Jesús, llena de miseria, hambre y desorientación. Trozos que hacen eco a la descripción que en ese mismo sentido nos dan los historiadores Flavio Josefo y Herodoto, cuando dedican en sus escritos su atención a Palestina. Entre otras cosas, los evan-

gelistas nos hablan de muchedumbres que continuamente se desplazan, la mayoría de las veces siguiendo a alguien que les puede resolver aunque sea pasajeramente el problema del hambre. San Marcos en su evangelio, nos dice que Jesús tenía "lástima de ellos, porque andaban como ovejas sin pastor" (Mc. 6,34).

De todos es conocida la ayuda mutua que se prestaban los primeros cristianos de Jerusalem, cuando después de los catastróficos sucesos del año 70 d.C., es decir, la destrucción de Jerusalem por Tito, tuvieron que buscar refugio en sus comunidades y buscar el modo de asistir las necesidades de todos (Hch. 4, 32-37).

Y si, a la luz de estos pasajes del Nuevo Testamento nos vamos hasta aquellos remotos tiempos del Antiguo, descubriremos toda una pedagogía de DIOS para con el pueblo de Israel desplazado en el destierro y obligado a vivir como refugiados en Babilonia (2 Re. 24, 8-19).

Yo quiero inspirarme en estos textos y con la ayuda del magisterio, tanto de la Iglesia universal como de las nuestras particulares, iluminar doctrinalmente esta labor tan urgente que Dios está pidiendo en favor de los refugiados y desplazados.

Procederé en tres momentos. En el primero, me he de preguntar cuáles son las razones cristianas que nos obligan a servir a nuestros hermanos, los hombres refugiados y desplazados. Luego, en segundo lugar, atisbaré la doctrina de la Iglesia en la materia. Por último, me preguntaré lo que debemos hacer prioritariamente.

Las razones de nuestro servicio

La situación de los deportados a Babilonia queda descrita, de un modo dramático y poético a la vez, en el Salmo 136: "junto a los ríos de Babilonia, allí llorando estábamos sentados acordándonos de Sión."

En medio del sufrimiento, lejos de su tierra, sin casa y desarraigados de la familia, aunque con alguna asistencia de parte de los habitantes del país, los israelitas no perdieron el sentido de su fidelidad a la palabra comprometida con su Dios en la alianza, para ellos perennemente recordada por la presencia del templo en Jerusalem. Por ello el salmista exclama: "Oh Jerusalem, si yo me olvido de tí, ¿que se me seque mi mano derecha! Mi lengua que se me pegue al paladar si pierdo tu recuerdo..." (5-6).

Sabemos que, en gran parte la fe y la esperanza del pueblo de Israel se mantuvieron firmes y vivas gracias al ministerio del profeta Jeremías (40, 1 ss.), cuya labor queda bellamente descrita con aquellas palabras: "plantar y construir" (1,10). Si ponemos atención, no pasará desapercibido que estas dos palabras son claves, en el ministerio de Jeremías, porque se encuentran precisamente en el contexto de la narración de su vocación. Ahora bien, toda vocación o llamado que Dios hace a un hombre para llevar a cabo una obra, pone de relieve, no tanto la obra a realizar, ni el sujeto elegido para llevarla a cabo, sino *la iniciativa amorosa* de Dios. Es pues, el amor, la

razón poderosa que lleva a Jeremías a incorporarse a la masa de hombres y mujeres desplazados en Babilonia, a vivir con ellos, a animar su fe y su esperanza. Y la obra que entre ellos cumple, es una verdadera obra de Dios. Por eso Dios le dice: "no tengas miedo, yo estoy contigo... yo pongo mis palabras en tu boca... yo te constituyo para edificar y plantar" (8-10).

Como es de suponer, el amor como razón poderosa de nuestro servicio a la humanidad que sufre, queda mucho más claramente revelado en el Nuevo Testamento, cuando el Hijo de Dios, Jesús, se encarnó y vino a este mundo en donde el hombre a causa del pecado vive desplazado y refugiado, ansiando regresar a su verdadera patria, a la morada de su Padre y creador. Este amor particularmente orientado hacia los que sufren recibe el nombre de *misericordia*; y por ello Jesús proclama bienaventurados, es decir, amigos íntimos de Dios, a aquellos que son misericordiosos (cfr. Mt. 5, 7).

Pero la misericordia no es un mero sentimiento humanitario ni menos aún, una mera pasión del hombre. Jesús proclama bienaventurado a los misericordiosos en el mismo contexto en que proclama bienaventurados a los que "sufren hambre y sed de justicia" (Mt. 5,6). *La misericordia es el amor en tanto que se busca un bien al cual el otro tiene derecho* y que, por verse privado de ello, sufre. Tener hambre y sed, como fenómenos meramente corporales, con cosas que los hombres pueden soportar y hasta acostumbrarse; pero sufrir hambre y sed a causa de las injusticias que existen en este mundo, ésto es algo que el hombre nunca podrá aceptar ni menos acostumbrarse.

He aquí, pues, la razón de por qué en el día del juicio seremos todos juzgados con la norma de la misericordia: "porque tuve hambre y me disteis de comer; porque tuve sed y me disteis de beber..." (Mt. 25,25). ¿Qué significa ésto, sino que Dios creó todos los bienes para que sirvieran al hombre de sustento para su vida, pero por el pecado de avaricia y de egoísmo de algunos, muchos se ven privados hasta del sustento diario necesario? Hacer posible que todos tengan acceso a su sustento necesario, es obra de justicia; y llevar a cabo esta obra, aun a costa de peligros y amenazas, es también, al mismo tiempo, *obra de amor*.

Ante esta masa de la humanidad sufriente, Jesús mismo sintió compasión (cfr. Mc. 6,34); y



El amor particularmente orientado hacia los que sufren recibe el nombre de misericordia en el Nuevo Testamento.

porque al mismo tiempo, era un deber de justicia asistirlos en sus necesidades, por esa razón Jesús no acepta la insinuación de sus discípulos que querían que Jesús despidiera a las muchedumbres para que cada uno buscara de qué comer. “Dadles vosotros de comer” (Mc. 6, 37), les dice Jesús con tono imperativo. Mandato imperativo difícil de entender, si se tiene en cuenta la situación precaria en que también vivían los discípulos de Jesús; pero comprensible, por otra parte, porque la justicia nos obliga a compartir, aun *desde nuestra propia pobreza*. Y así, queda evidenciado que es también un acto de amor.

Esta dimensión de justicia que acompaña al amor en los actos de misericordia estaba ya claramente evidenciada en los libros del Antiguo Testamento, sobre todo en los profetas y más particularmente en Isaías. Bástenos recordar el famoso capítulo 45 de Isaías, en cuyos versículos el

profeta evoca cabalmente, la situación de desplazamiento de los israelitas en Babilonia. En ese contexto encontramos aquellas palabras claves: “yo allanaré sus caminos” (13). Frase que viene en boca de Juan el Bautista, en donde cobra su pleno sentido de llamado a la conversión, para que cese la injusticia en las relaciones humanas y sociales, desde un encontrarse al hombre con “Dios y con los demás semejantes.”

Directivas de la Iglesia

El magisterio de la Iglesia asume como propias estas dos razones fundamentales de nuestro servicio a los desplazados y refugiados.

Leemos en la *Gaudium et Spes*. “Dios ha querido que toda la humanidad formara una sola familia y los hombres se trataran unos a otros con ánimo de hermanos” (No. 24). Y añade:

La misericordia es el amor que busca un bien al cual el otro tiene derecho y que por verse privado de él sufre.

“por consiguiente, a quienes creen en el amor divino, (Dios) les asegura que el camino del amor está abierto para el hombre y que el esfuerzo por restaurar una fraternidad universal no es una utopía. Les amonesta al tiempo que esta caridad no se ha de poner solamente en la realización de las grandes cosas, sino, y principalmente, en las circunstancias ordinarias de la vida” (No. 38).

Sucede que la situación de los desplazados y refugiados es, ciertamente, una situación extraordinaria, pues es debido a la situación conflictiva que viven nuestros países; pero las necesidades a las que debemos asistir forman parte de las circunstancias ordinarias de la vida de esos hombres y mujeres: comida, techo, vestido, protección legal, consuelo de amigos, esperanza, etc.

Hay, pues, una ley de amor que nos obliga a asistir a esta porción de la humanidad en abandono. Tenemos una obligación de servirles y por ello, el amor debe movernos a actuar. En este sentido los obispos reunidos en Medellín nos recordaban que el amor lleva consigo una fuerza dinámica a la acción efectiva, en virtud del grado de justicia que debemos a nuestros semejantes. “El amor —leemos en el documento de Medellín Justicia— “es la ley fundamental de la perfección humana, y por lo tanto de la transformación del mundo; no es solamente el mandato supremo del Señor, es también el dinamismo que debe mover a los cristianos a realizar la justicia en el mundo, teniendo como fundamento la verdad y como signo la libertad” (No. 4).

Ley y dinamismo, este amor evoca sobre todo la vida y por lo mismo, nos obliga a dar testimonio de ello. Así nos lo recordó magistralmente Pablo VI la *Evangelii Nuntiandi* (No. 21). Testimonio que debe ser “capacidad de donación... de renuncia y de ayuda al hermano” (No. 28). El mismo Pablo VI definía esta acción cristiana inspirada del amor y hecho testimonio en la justicia, como un auténtico camino de santificación para todos los cristianos (cfr. No. 76).

Los obispos reunidos en Puebla sustentaron el pensamiento de Pablo VI cuando escribieron que “resultará orientador renovar la conciencia de este llamado a la santidad en un momento, como el presente, en el que la Iglesia, si desea realizar una evangelización plena, habrá de impulsar con vigor la promoción humana y la liberación”

(Puebla No. 666).

Es sin duda, Juan Pablo II quien pone de relieve, contra viento y marea, las exigencias de esta dimensión humana y liberadora del amor hecho justicia en la misericordia. Al igual que Jesús conmovido ante las muchedumbres desplazadas, al Papa exclamó, en su homilía de San Salvador: “¡Cuántos refugiados, exiliados y desplazados!... Tantos y tantos que quieren vivir, renacer de las cenizas, buscar el calor de la sonrisa de los niños, lejos del terror y en un clima de convivencia democrática.”

En su homilía de la misa en el Campo Marte, en Guatemala, el Papa nos recordó el deber prioritario que merece la asistencia a la dimensión de la vida de todos los hombres, sobre todo los más abandonados. Decía el Papa en aquella ocasión: “por encima de toda diferencia social, política, ideológica, racial y religiosa, quede siempre asegurada en primer lugar la vida de vuestros hermanos... Nada mejor que devolver su dignidad a quienes sufren la injusticia, el desprecio y la miseria.”

Esto significa, entonces, que por ningún motivo debemos medir nuestra acción caritativa para con los desplazados y refugiados, pues son seres humanos; su dignidad merece toda nuestra atención. Por el resto, debemos trabajar sin prejuicios con todos. Así sean de izquierda o de derecha, creyentes o ateos, amigos o enemigos. De este modo, la asistencia a los desplazados y refugiados *se convierte en parte importante del gran sacramento de la reconciliación que es la Iglesia*. Es una labor que nos une en favor del hombre que sufre, por encima de nuestras opiniones y opciones sociales, políticas. Nos une a Cristo sufriente.

Por esta razón Juan Pablo II, cuando se despedía de los guatemaltecos bendecía paternalmente a los que se entregan a esta labor. Decía el Papa. “Pido al Altísimo... que mueva los corazones por los caminos de la justicia; que bendiga a cuantos trabajan honestamente por el bien, a cuantos ayudan a los que sufren, a quienes acogen y dan una mano fraterna a los exiliados o desplazados; a quienes, de cualquier forma, juegan —humanitaria y Cristianamente— el rostro dolorido del hombre centroamericano, que es el rostro de Cristo”.

Ya en su homilía de La Misa en Costa Rica, el Papa nos recordaba que es un verdadero trabajo de Iglesia el compromiso con los pobres. Decía entonces: "esta Iglesia... nos exhorta a comprometernos... a sentirnos responsables de los pobres, de los enfermos, de los marginados y oprimidos, de los refugiados, exiliados desplazados." Y añadía: "construyen la Iglesia quienes se preocupan por el prójimo, especialmente por el pobre y abandonado."

Allá mismo en Costa Rica, el Papa nos decía, con ocasión de su discurso a las religiosas: "abrazad la causa de los pobres; estad presentes donde Cristo sufre en los hermanos necesitados; llegad con vuestra generosidad donde sólo el amor de Cristo sabe intuir que falta una presencia amiga." Y cuando habló a los jóvenes nos indicó la razón profunda de este compromiso. ¡Es la fe!: "ella nos enseña" —decía el Papa— "qué vale la pena sufrir para atenuar el sufrimiento de los demás, que vale la pena dignificar cada vez más al hombre hermano. Vale la pena porque ese hombre no es el pobre ser que vive, goza, es explotado y acaba su vida con la muerte; sino que es un ser imagen de Dios, llamado a la amistad eterna con El; un ser que Dios ama y quiere que sea amado."

Hacia dónde y cómo debemos orientar nuestro servicio

Antes de pasar a las orientaciones más de tipo pastoral, quiero sintetizar las bases teológicas que en el contexto de esta intervención, apenas he podido atisbar.

Los conglomerados humanos que sufren injustamente son enclaves de Dios desde donde se hace oír su voz hacia los hombres, pueblos y naciones que se sienten libres y poderosos, seguros de un hogar y de una fortuna, para que se conviertan y abandonen las relaciones injustas, que provocan tantos males acumulados de un modo particular en el sufrimiento de los refugiados y desplazados. Al igual que el rey Ciro, en aquellos tiempos del cautiverio de los israelitas en Babilonia, sintió la voz de Dios que venía desde los campos de los refugiados y desplazados para que los liberara; así, hoy, en nuestras tierras, desde esos enclaves del Dios que sufre, se oye la voz de Dios que clama la liberación de las ataduras del pecado que engendra injusticia entre los hombres y ahonda las distancias que separan a los que tienen mucho de los que no tienen ni siquiera algo.



La asistencia a los desplazados y refugiados se ha convertido en parte importante del gran sacramento de reconciliación que es la Iglesia.

En este sentido, esa realidad humana sufriente de los desplazados y refugiados, está cumpliendo hoy día una *Labor profética*. Necesita solamente de voces, como las del profeta Jeremías para que ese clamor sea verdaderamente liberador y no causa de nuevas ataduras y servilismos, voces que unan y no separen más. En este sentido, es necesario toda una catequesis, por la que los mismos desplazados y refugiados entiendan, en la fe, que la sabiduría de Dios colocó en el corazón del hombre un sentido de moderación en las cosas materiales, de manera que sólo a El pudiera amarlo con todo su corazón, con toda su mente, con todas sus fuerzas. De otra manera, tendríamos que concluir que el Creador nos dio un mandato imposible; o que nos creó para odiarnos y matarnos, lo que iría contra el hecho que nos creó a su imagen y semejanza *para amar*.

Hoy día, toda actividad profética necesita ser completamente por esta dimensión del amor, sin el cual las exigencias de justicia no nos llevarían sino a enfrentamientos, violencias, reivindicaciones; todo lo contrario de la misericordia, donde el amor con la justicia deben desembocar. Hay una *labor catequística* que se impone también, en este sentido, a los mismos refugiados y desplazados, no solamente porque por su situación de sufrimiento pueden ser presas fáciles de ideologías, sino porque desde su situación podrían ver desfiguradamente la situación de pecado que engendra situaciones como las suyas.

La grandeza del profeta Jeremías radica precisamente en esto: él supo mantener la llama de la esperanza y de la fe en Dios en sus compatriotas, porque fue un profeta catequista. Señalaba con su dedo a los pecadores y culpaba sus pecados; pero al mismo tiempo señalaba también con su dedo el camino a seguir, a todos los que sufrían, para que su sufrimiento no fuera causa de violencias, sino invocación de esperanza para su liberación.

Pero hay en esa triste realidad de los refugiados y desplazados otra dimensión todavía más positiva que la anterior. Por el hecho que su situación humana está fuera de lo normal y peligra convertirse hasta en situación inhumana, requiere la colaboración de todos los hombres y se constituye por lo mismo en *sacramento de reconciliación*, en donde, fuera de todo credo o adhesión religiosa o ideológica, nos encontramos los hombres todos, sin otra ambición que la de ayu-

dar a estos hermanos nuestros necesitados. Esta es la base y raíz humana de la Iglesia. Por ese camino se sientan las bases sobre las cuales se ha de edificar después el edificio espiritual y de trascendencia divina, para nuestra integral liberación.

Pero esta misma dimensión eclesiológica, del sufrimiento de los refugiados y desplazados está sustentada por el sufrimiento de Cristo muerto y resucitado. Aquí encontramos la dimensión cristológica. En los desplazados y refugiados se nos está haciendo presente hoy el Jesús que "para consagrar al pueblo con su propia sangre, padeció fuera de la puerta de la ciudad" (He. 13,12). Este fundamento cristológico está en la base no sólo, como lo hace notar el autor de la carta a los Hebreos, de la realidad peregrinante de nuestra situación como seguidores de Jesús en su Iglesia, sino también de la esperanza que nos anima, puesto que Jesús crucificado asume el sufrimiento de los hombres desde su situación de Hijo de Dios. Unido al sufrimiento de Cristo, los sufrimientos de los desplazados y refugiados asumen una dimensión de esperanza hacia un mundo más justo, más fraterno y más humano. Encontramos en esta dimensión *el aspecto escatológico* de su sufrimiento.

Podemos ahora, en base a esta iluminación teológica, diseñar las líneas de fuerza para una pastoral animada por el amor en la justicia para con los desplazados y refugiados:

1. Una acción caritativa para con los desplazados y marginados debe ser, en alguna forma esencial, una acción que despierte en ellos la esperanza en un mundo más justo. Mal haríamos en acostumbrarnos a un género de vida que, aunque anormal, podría resultar para algunos quizá mejor que la situación de miseria en que vivían en sus pueblos.
2. El compartir con ellos debe ser tal que ellos mismos aprendan a compartir entre ellos; pues es inherente al cristiano el poner en común sus riquezas tanto materiales como espirituales.
3. La pedagogía del amor para con los refugiados debe ser también evangelizadora. Quiero decir con ello que tanto ellos como nosotros debemos entender que no estamos haciendo obra de sociólogos ni de planificadores economistas, sino combatiendo el pecado. No es nuestra acción prioritariamente combatir su pobreza, sino desde su pobreza, combatir las causas que engendran la pobreza.



Desde los campamentos de refugiados, Dios sufre y se oye su voz que clama por la liberación de las ataduras del pecado engendrado por las injusticias humanas y que ahonda las distancias entre quienes tienen y entre quienes no tienen ni siquiera algo.

4. Los que trabajamos con ellos, y ellos mismos, debemos darnos cuenta de que la participación de los cristianos en la tarea de transformación del mundo debe percibirse inserta dentro de la evidencia de que el reino de Dios no es de este mundo, pues es el Señor el que construye.
5. Debemos cultivar la dimensión profética en beneficio de toda la comunidad eclesial, desde la situación de los desplazados y refugiados, en el sentido de provocar a la conversión y cambio de mentalidad, hasta nuestra generación que vive embotada y sumergida en una sociedad de consumo. Desde las dimensiones del sufrimiento evangélico, tan crudamente puesto de manifiesto en los desplazados y refugiados, debemos cultivar en nuestros fieles el sentido de una nueva escala de valores para juzgar, desde el amor y con sentido de justicia, el modelo de civilización del consumo. Hay aquí, una exigencia de conversión impostergable.
6. Una pastoral animada por el amor hecho caridad y misericordia por la justicia, tiene un doble objetivo: la conversión personal de cada cristiano al mandamiento del amor y la conversión de la sociedad a la nueva escala de valores para organizar el mundo en la civilización del amor.
7. Una pastoral con los desplazados y refugiados, como toda pastoral con los pobres, debe ayudarnos a todos a dejarnos evangelizar y movernos a la conversión para apartarnos de todo aquello que, aunque sea indirectamente, pueda alimentar las relaciones injustas

y mantener categorías de valor en una sociedad poco fraterna.

8. Tratándose de un trabajo en favor del hombre, y del hombre más desprotegido, la labor pastoral con los refugiados y desplazados debe unir todos los esfuerzos y tras ellos, sobre todo, unirnos a todos sin condiciones ni prejuicios, con la única limitante de no aceptar lo que pueda seguir envileciendo a los hombres.

Desde estas perspectivas, creo haber contribuido en algo para iluminar esta entrega tan evangélica, tan humanitaria y tan necesaria en favor de los que sufren las consecuencias de una violencia irracional.

Quiera Dios que bajo el manto de la Santísima Virgen María, auxilio de los cristianos, podamos llevar a feliz término esta obra del amor que nos impele a buscar la justicia en la misericordia.

